

4. De la parte de Dios

La parábola no pretende simplemente proclamar una filantropía universal, una intervención cualquiera a favor del hombre. Demasiado poco para ser «evangelio». Demuestra más bien que quien ama al prójimo da pruebas de haber recibido en sí la misma pasión de bien que Dios tiene a sus hijos. El que ama al otro, se encuentra, aunque lo ignore, en sintonía con Dios, porque comparte sus sentimientos y sus proyectos.

Esto explica la comunión íntima entre el mandamiento del amor a Dios y el del amor al prójimo, que son en realidad dos caras de una misma moneda, porque uno no es posible sin el otro. Igual que una moneda con una sola cara es falsa, la falta de uno de los dos aspectos invalida el otro. No se puede separar a Dios del hombre ni al hombre de Dios. Por eso no se puede preferir al uno y desconocer al otro. Ignorar al hombre significa no haber conocido a Dios y la medida del amor a Dios es el hombre, que es su imagen más perfecta.

Por eso el concepto de filantropía no conviene a la presente parábola, resulta totalmente descolorido, es más, incluso extraño a nuestro texto. Aquí se habla de amor teologal, el que llega al hombre partiendo de Dios. Por lo demás, la parábola no es más que la proyección del ser y del actuar divino que se ha revelado y hecho visible en Cristo.

DEL TEXTO A LA VIDA

1. ¿Tengo una vida cristiana infructuosa, gastada más en la teoría que en la práctica? Y si debo hablar, ¿me gusta discutir por amor a la verdad o por amor a la polémica?
2. Cuando debo intervenir para ayudar, ¿doy crédito al resentimiento, a las ofensas, a los prejuicios pasados para encontrar una razón y no intervenir? ¿En qué ocasión he sido así de fariseo? ¿Hoy me volvería a portar igual o de otra forma?
3. ¿Recuerdo algún caso en el que me haya portado como el sacerdote o el levita de la parábola? ¿Y algún otro en el que haya sido buen samaritano? ¿Qué factores y motivos han jugado en uno y otro caso?
4. ¿Se limitan mis «ayudas» al mínimo indispensable, descargando luego en los demás lo que podía hacer yo? ¿Soy un minimalista o un maximalista en las intervenciones?
5. ¿Estoy sentado en el banquillo para dirigir el juego de los demás o estoy en la refriega para aportar mi colaboración conforme a mis posibilidades y competencias? ¿Soy pródigo en consejos y avaro en acciones, o bien empleo una dosificación inteligente que utiliza los dos según las situaciones?
6. ¿Cuánta atención dedico a «hacerme prójimo»? ¿Me importan tanto los intereses de los demás como los míos? ¿En qué medida sé

- renunciar a los míos para ayudar a los demás?
7. ¿Dirijo mi «atención» a Dios para que me colme de su amor y yo lo pueda comunicar a los demás? ¿Tienen mis intervenciones un motivo profundo? ¿Son caridad o filantropía? ¿Estoy convencido de que el amor al prójimo y el amor a Dios avanzan a la par y son los dos indispensables para un armónico crecimiento cristiano? ¿Qué hago para aumentarlos? ¿Podría hacer más?

3

La oración como espejo del alma

El fariseo y el publicano
en el templo (Lc 18,9-14)

La parábola proporciona la clave interpretativa para comprender cómo Jesús da muchas veces la vuelta a esquemas que parecían tener aplicación universal e indefectible. No comparte la división, en exceso simplista, de los hombres en «buenos y malos», que crea dos grupos «innaturales», por ser inexistentes. Hay que recordar, en primer lugar, que todo hombre es un amasijo de virtudes y de defectos, por tanto, se encuentra a veces en la vertiente del bien y otras veces en la del mal. Además, muchas veces se da esta paradoja: un suplemento de investigación y una valoración menos emotiva modifican e incluso vuelcan el juicio negativo dado al principio. En el caso que nos ocupa la oración de dos hombres filtra sus sentimientos y pone al desnudo su ánimo.

EL TEXTO

⁹A unos que se tenían por justos y despreciaban a los demás les dijo esta parábola: ¹⁰«Dos hombres fueron al templo a orar; uno era fariseo y el otro publicano. ¹¹El fariseo, de pie, hacía en su interior esta oración: Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano; ¹²yo ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todo lo que poseo. ¹³El publicano, por el contrario, se quedó a distancia y no se atrevía ni a levantar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador. ¹⁴Os digo que este volvió a su casa justificado, y el otro no. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado».

Contexto y dinámica del pasaje

76

En el conjunto de los capítulos 9-19, en los que Lucas inserta mucho material que es exclusivo suyo, encontramos nuestra parábola, que nace por la voluntad de Jesús de impartir una clara enseñanza. Alguien distribuye juicios apresurados y perentorios, contaminando la visión objetiva de la realidad. No es difícil divisar en el texto una *vis polemica* que tiene la función de quebrar la ceñuda arrogancia de los fariseos. A ellos, poco antes, Jesús les había reprochado: «Vosotros presumís de justos delante de los hombres, pero

Dios conoce vuestros corazones; porque lo que se estima tanto ante los hombres, no tiene valor alguno ante Dios» (16,15).

Así se explica la intervención de Jesús: «A unos que se tenían por justos y despreciaban a los demás les dijo esta parábola» (v. 9). Precisado el escenario, comienza la parábola que presenta juntas a dos personas en el mismo lugar (el templo) para cumplir el mismo acto de culto (la oración). Luego el cuadro se desdobra con la descripción en primer lugar del fariseo, luego del publicano: la primera con abundancia de detalles (vv. 11-12), la segunda de manera más sucinta (v. 13). La intervención concluyente de Jesús emite un juicio sobre la oración de los dos y, en consecuencia, saca a la luz los pliegues ocultos de su ánimo: un poco por sorpresa, se da un vuelco a la posición inicial del fariseo, que aparecía como vencedor en los pronósticos (v. 14).

COMENTARIO BREVE

«Dos hombres fueron al templo a orar». La situación de partida debería ser parecida: dos hombres se encuentran en el mismo lugar de culto para ponerse ante su Dios y para confrontar con Él sus vidas. Los dos deberían hacer resonar la oración del salmista: «Oh Dios, tú eres mi Dios; desde el amanecer ya te estoy buscando, mi alma tiene sed de ti, en pos de ti mi ser entero desfalle-

ce cual tierra de secano árida y falta de agua. Así en el santuario te contemplo para ver tu gloria y tu poder» (Sal 63,2-3). Aquí, además de sentir su presencia, deberían darle las gracias por el bien obtenido y pedir perdón por el mal cometido y por el bien omitido. En realidad el relato no une a los dos hombres y el lector está ya preparado para una diversidad desde el primer momento, cuando oye que se trata de un fariseo y de un publicano. Los dos pertenecen a grupos sociales y religiosos opuestos:

- El fariseo al grupo de elite completamente entregado a la observancia integral y escrupulosa de la ley, entendida como norma suprema de fe y de acción;
- el publicano a la clase más baja de la vida judía, muy alejada de ideales éticos y religiosos.

La densidad de la parábola se percibe desde el principio por el acercamiento querido y buscado de estas dos figuras contrastantes, tomadas en el momento de la oración, iguales en su situación espacio-temporal, muy distintas en su actitud.

78

1. La oración del fariseo

Antes de las palabras, tenemos una «fotografía» que representa al fariseo de pie y en la parte anterior del lugar sagrado. Que esté de pie es normal

en el ritual de la oración judía; pero el haberse colocado delante puede indicar un secreto deseo de hacerse notar. Por otros textos sabemos la manía de protagonismo de que eran presa muchos fariseos; resuena amenazador el aviso de Jesús: «Cuando recéis, no seáis como los hipócritas, que prefieren rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para que los vea todo el mundo» (Mt 6,5). Cuáles son sus sentimientos lo sabemos ahora por sus palabras, que son un espejo suficientemente fiel de su mundo interior y de su personalidad. Observémoslo más de cerca.

«Dios mío, te doy gracias». Aparentemente su oración es magnífica, pura: no pide nada para sí, sólo da gracias a Dios. Por otra parte, ¿que debería pedir? No le falta nada, está repleto de bienes, vive en la presencia de Dios, ahora en la oración, pero también en el resto de su vida; la ley de Dios es su única preocupación; no tiene pecados (no es ladrón, ni injusto, ni adúltero) y multiplica sus buenas obras, no sólo las obligatorias. De hecho, da testimonio de la verdad, no es un hipócrita. Por usar una terminología bíblica, es un «santo», es un «justo». Está convencido de serlo y sabe que por todo eso tendrá como premio la vida eterna. Vivir así no es fácil, pero le asegura en el más allá lo que ya disfruta en la tierra: la presencia de Dios. No tiene nada que envidiar al publicano de la vida fácil. Prefiere su vida. Da gracias a Dios por todo, y eso es hermoso.

El juicio de su conciencia le asegura que en él

todo va bien y, por consiguiente, no hay motivo alguno para pedir perdón. Tampoco le cabe la duda de que pueda haber cualquier sombra que perturbe su conducta y su relación con Dios y con los demás. Los demás existen y se les recuerda solamente para hacer resaltar su maldad, condenada en los tres pecados típicos: el robo, la injusticia y el adulterio. Representante clásico de esta ralea de personas es el recaudador de impuestos que está en la parte posterior del templo para rezar. Este último es la personificación viviente de los pecados de los hombres. Hay que señalar que el fariseo, además de considerarse exento de cualquier culpa, se permite erigirse en juez de los demás, usurpando un derecho que sólo pertenece a Dios, que es el único que conoce el corazón de los hombres. El juicio del fariseo se basa en una manera común de pensar sobre el publicano, en un «me han dicho» y no necesariamente en un conocimiento directo del interesado.

80

En el apogeo de su oración, el fariseo se reconoce acreedor respecto a Dios. Su vida, según se recoge de sus palabras, es integérrima, enraizada en una fe inoxidable y desarrollada en módulos de generosidad de manual. Dios no puede dejar de reconocer que es justo y acreditarle algunas obras en su cuenta corriente de caballero irreprochable, porque ayuna dos veces por semana y paga los diezmos de todo lo que posee.

El ayuno era obligatorio para todos sólo el día de la expiación y en momentos de grave calami-